

This document is brought to you by the  
Northwestern University Main Library Interlibrary Loan  
Department.

NOTICE: This Material May Be Protected By Copyright Law.  
(Title 17 U.S.Code)

**Borrower:** INU

**Lending String:** \*CGU,GZM,EYM,EEM,NUI

**Call #:** PQ7081.A1D584 1995 c.1

**Patron:** Diaz-Migoyo, Gonzalo  
**Reference #:** 2428690

**Location:** Regenstein,  
Bookstacks

**Journal Title:** Diversidad sociocultural en la literatura hispanoamericana (Siglo XX)

OCLC  
ILDS  
Charge  
Maxcost: 100.00IFM  
Billing Notes:

**Volume:**  
**Issue:**  
**Month/Year:** 1995  
**Pages:** 27-35

**Shipping Address:**  
Northwestern University Library  
ILL  
1970 Campus Drive  
Evanston, IL 60208-2300  
NWU

**Article Author:** Gonzalo Díaz Migoyo

**Article Title:** La guaracha del Macho Camacho; esperando a Godot en el Caribe o los tristes trópicos de Luis Rafael Sánchez

**Fax:** 847-491-5685  
**Ariel:** 129.105.29.32  
**Email:** ill-request@northwestern.edu

**Imprint:** [Seville] ; Universidad de Sevilla, Secr

**Notes:** Díaz Migoyo, Gonzalo (1995), "La guaracha del Macho Camacho: esperando a Godot en el Caribe o los tristes trópicos puertorriqueños", Carmen de Mora (ed.), Diversidad sociocultural en la literatura hispanoamericana (Siglo XX), Sevilla: Universidad de Sevilla: 27-34

**ILL Number:** 104398949



**ODYSSEY REQUEST**

SCAN for PLATES (Pattern 2)

**EMAIL / ARIEL MAIL**

**SENT** \_\_\_\_\_

Please report all Ariel transmission problems within 48 hours of receipt

Notice: This material may be protected by copyright law (Title 17 US Code)

University of Chicago Interlibrary Loan  
OCLC: CGU / RLG:ILCG / DOCLINE: ILUJCL



ILLiad TN: 1536708

**Call Number:** 5/14/2013 9:36:33 AM  
**Need By:**  
**Not Wanted After:** 06/10/2013  
**In Process:** 20130510  
**Received Via:**

*LA GUARACHA DEL MACHO CAMACHO:*  
ESPERANANDO A GODOT EN EL CARIBE  
O LOS TRISTES TRÓPICOS PUERTORRIQUEÑOS  
DE LUIS RAFAEL SÁNCHEZ

GONZALO DÍAZ MIGOYO  
Northwestern University

“Pintura de la región, estrechez de la ambición,  
rememoración del útero calentito y ácueo”.

L. R. SÁNCHEZ, *La importancia de llamarse Daniel Santos*

La mejor literatura siempre ha sido una crítica, de acusación, de denuncia; siempre ha sido crónica de la desgracia y no de la felicidad, pues ésta, ya se sabe, no tiene historia.

No se puede leer *La guaracha del Macho Camacho* (1976), de Luis Rafael Sánchez, sin quedar sobrecogido por una tristeza y por una amargura conmovedoras, tanto más cuanto que no corresponden a una situación ficticia, únicamente novelesca o fantaseada, sino a un país y a unos habitantes inequívocos: son las señas de identidad de Puerto Rico hoy y siempre, Puerto Rico un miércoles, cualquier miércoles, por la tarde: “a las cinco pasado meridiano de miércoles hoy”. Por más que el humor –guachafita, choteo caribeños– no abandone la narración sino muy contadas veces; por más que esté escrita y se lea en ritmo de guaracha; por más que el estribillo que acompaña a la lectura y a la acción descrita sea una bullanguera “La vida es una cosa fenomenal”; por más que o por eso mismo, *La guaracha del Macho Camacho* es un retrato doloroso y dolido de Puerto Rico.

La dureza del retrato no tiene ningún efecto catártico, como no sea el de reconocer cierta realidad escondida tras los tópicos nacional-turísticos que arropan a la isla. No sé cómo se verán en él los puertorriqueños, pero no me extrañaría que muchos de ellos, lo mismo que uno de sus personajes más memorables, quizás emblemático, a pesar de su mudez y de su enajenación patológica, el Nene, al verse la cara en este espejo roto, espantados de lo que contemplan, se precipiten a una fuga de sí mismos.

Cuadro de costumbres más que novela, carece de acción propiamente dicha. Dos fenómenos constituyen el suceso único al que se ciñe la narración: un atasco automovilístico que paraliza cualquier avance hacia meta alguna: "un tapón fenomenal como la vida, made in Puerto Rico, muestra ágil el tapón de la capacidad criolla para el atolladero" (27), y el paroxismo ambiental de una guaracha radiofónica que invade todos los rincones con caracteres epidémicos: la "jacarandosa y pimentosa, laxante y edificante, profiláctica y didáctica, filosófica y pegajosófica guaracha del Macho Camacho *La vida es una cosa fenomenal*" (39). Ambos rasgos, espera forzosa y ritmo trepidante, forman, complementariamente, el entramado básico del relato.

Que sea justamente ese signo el desarrollo industrial, el automóvil, conquistador del espacio, el que se ayunte con ese otro signo pre-industrial que es la música popular, conquistadora, como toda música, del tiempo, da lugar, inevitablemente, a una significación que trasciende su sentido concreto y puntual: por un lado, es evidente, atasco y excitación —ambos forzosos y ambientales— se contraponen: movimiento e inmovilidad; diversión e improductividad; por otro, se dan la mano: el atasco causa el frenesí de una energía obstaculizada que se libera en el forzado zarrandeo rítmico. Como todo rasgo fundamental, tienen también un valor simbólico: la vida puertorriqueña, cifrada en el frenesí que imprime la guaracha y que arresta el atasco, adquiere caracteres de trepidación patológica irreprimible.

Lo más inmediatamente llamativo del retrato es el color, la forma y la distribución de las pinceladas puntillistas que lo configuran: su lenguaje. Habla ante todo, se trata de una escritura desescrita para ser dicha, oída y no vista, recordada por su ritmo y su fuerza, más que por avance lógico alguno; habla, además, entrecortada, con las articulaciones al aire, descoyuntadas a modo de soluciones de continuidad (una continuidad tradicional aquí rota, impedida) y no de transiciones fluidas de una frase, una idea o una escena a la siguiente: en vez de un continuo discursivo, una continua interrupción repetida, una continua sacudida rítmica; habla, también, coloquial hasta el exceso, hay que ser puertorriqueño, sin duda, y puertorriqueño de hoy, y puertorriqueño de la calle, para comprenderla cabalmente. Sin que ello quiera decir, ni mucho menos, que pretenda una fidelidad magnetofónica: los hablantes, más que repetir con exactitud puertorriqueñismos reconocibles, utilizan el lenguaje puertorriqueño; lo utilizan, además, a o en ritmo de guaracha: evidentemente, la lectura no tiene de la guaracha ambiental más que una referencia lingüística, de segundo orden: no la oye más que en la cadencia espasmódica del relato.

Las unidades de composición de este habla no son las palabras: mechada de muletillas de diversa procedencia, sus elementos son las frases hechas y su sintaxis la yuxtaposición de modismos contrastantes.

Con esas pinceladas verbales y a ese ritmo entrecortado se va creando un cuadro hecho a base de numerosos recuadros insolidarios distinguibles en cada caso la importancia de una de las cuatro figuras centrales –aunque habría que precisar que uno de esos cuatro personajes implica a dos más, mientras que los otros tres se mantienen independientes, dando lugar a un enfrentamiento bipolar–: por un lado la China hereje/la Madre, su hijo hidrocefálico, el Nene, y la vecina arrabalera, doña Chon; por otro, el Senador Vicente Reinoso, su mujer, Graciela Alcántara y López de Montefrío, y su hijo babieca, Benny.

La inmovilidad de la espera forzosa en que están todos atrapados da lugar a docenas de instantáneas, muchas repetidas casi al pie de la letra, tomadas por un retratista que viaja “en la guagua trotona que pasa por donde se enjambra la modernidad y sigue, derechita, hacia las otras paradas que fragmentan la totalidad”, según palabras de Luis Rafael Sánchez en su análoga *La importancia de llamarse Daniel Santos* de 1988. Las instantáneas de cada uno de los personajes se presentan agrupadas en series cuya sucesión está pautada por las interrupciones de diecinueve cortos anuncios radiofónicos en crescendo, acerca de la transmisión de la guaracha del Macho Camacho –que es, en última instancia, la que permea todo el retrato.

Todos ellos están inmovilizados en sus distintos intentos o esperas de actividad: el Senador, camino de su cita con la querida de turno, la China hereje/la Madre, se impacienta en la maraña automovilística mientras enhebra rípidas intervenciones oratorias; Graciela, puertorriqueña Alicia en el país de los horrores, se abandona a un viaje sentimental al otro lado del espejo en la consulta del psiquiatra; su hijo Benny, encerrado en su juguete, un nuevo Ferrari, disparata infantilmente acerca de la desvergonzada omnipotencia oligárquica de su padre; el Nene, insensible al hostigamiento cruel de los niños que le rodean, toma el sol y caza moscas; Doña Chon, en su casa de barriada, pontifica mientras cocina.

Frustrada su actividad, los personajes no hacen sino que dicen o, mejor dicho, imaginan, fantasean, recuerdan, desean, rechazan, ensimismados y simultáneamente entregados a la guaracha que los sacude. Exteriormente todos tienen en común esa misma doble vivencia ambiental, la música que los acosa y la espera forzada; interiormente, su denominador común es un mismo descabellado afán identificativo.

Lo más puertorriqueño de estos esperpénticos individuos parece ser, en efecto, su condición de buscadores de una identidad desorbitada, escapista, fantasmal, circunstancialmente estimulada, agradable o desagradablemente, con aceptación o con rechazo, por la guaracha que los

envuelve y a cuyo ritmo piensan, recuerdan, fantasean su intento de identidad vacua.

De ese guaracheo no brota fuerza alguna, sino olvido en la energía gastada, malgastada. Entregarse a esa música, quizás a cualquier música, es abandonar la identidad real. Como bien saben quienes cantan para olvidar, la desactualización que propicia la música, cuanto más físicamente estimulante, mejor, no es ajena a la que ofrece la droga. Ni siquiera cantar, recuérdese: sólo reaccionar al sonido invasor, olvidados de sí mismos, igualados por un estímulo exterior enlatado, pepsicolizado, marketinizado, pero "made in Puerto Rico". Sin guaracha, estos individuos serían no ya menos, sino nada: víctimas anónimas de pasiones universales, indistinguibles de cualesquiera otras en cualquier otra latitud. Identificarse con la guaracha es adoptar unas señas de identidad "in extremis"; la guaracha es el clavo ardiendo de la identidad, es un salvavidas en el peligro del ahogo nacional.

Esforzarse inútilmente por ser alguien quizás sea la última manera de definirse: aquí mediante la participación escapista en la letra y el ritmo de la canción bobalicona —cuán bobalicona lo podemos comprobar gracias a su transcripción el final del libro—, especialmente la asunción de su frase titular, vivida no en indicativo sino en desiderativo, en subjuntivo:

La vida es una cosa fenomenal  
 lo mismo pal de adelante que pal de atrás.  
 Pero la vida también es una calle cheverona.  
 Arrecuérdate que desayunas café con pan.  
 Ay, sí, la vida es una nena bien guasona  
 que se mima en un fabuloso Cadillac.  
 La trompeta a romper su guasimilla,  
 las maracas que no cejen pa tras  
 y los cueros que suenen a la milla,  
 que la cosa no puede reposar,  
 que la negra quiere sudar,  
 que la negra se va a alborotar (256).

La Madre, en su papel de mantenida, justifica, y demuestra, la provisionalidad de su prostitución, por mor de unas mejoras caseras en su habitación barriobajera, pues lo suyo es ser/parecerse/sustituir a Iris Chacón, la estrella salsera por excelencia.

Va para seis meses que se arrancó con el Viejo... cuestión de unos pagarés y el linolium y el jueguito de comedor que lo quiero de cromium: tapetito bordado, con repollito tejido... Las cinco y no viene. Salgo de deudas y lo mando a que se. Un mes más y. Ella pensaba que te pensaba que te piensa: irme de artista con el nombre de La Langosta, y hacerme famososa y dar opinioness y firma autógrafoss... La Madre quería bailar a lo Iris Chacón y asentar fama continental de nalgatorio anárquico... Resignada a la canallada de no ser quien que-

ría ser, dispuesta a aceptar del lobo un pelo, la Madre se juraba que un día cualquiera, tras estampar su firma, añadiría tan tan como tan tan: alias Iris Chacón.

Al Senador Vicente Reinoso, entreverada su imagen pública, y falsa, de padre del pueblo con la privada, y verdadera, de viejo rijoso, le acompaña incesantemente un pedestre eslogan de campaña política: "Vicente es decente y su mente refulgente", o cualquier otro chabacano consonante—cuanto más chabacano, mejor; es decir, más propio y sintomático—:

Puñeta, repuñeta, requetepuñeta... el fornicio precipitado es un procedimiento aficionado por mi parte nunca recurrido. Y mi cartel establecido de amante tempestuoso, y mi fama pregonada de cortejo meticuloso: a sort of fucking superstar, sufrirán las consecuencias de una prisa de cuya razón no soy yo el responsable. Situaciones como ésta que ahora vivo y padezco atentan contra el sostenimiento, propagación y perpetuación de la tradición continental del latín lover... Ricardo Montalbán y yo, Carlos Gardel y yo, Jorge Negrete y yo... Me cago en la sota de bastos. La historia fallará por qué dijo lo que dijo con vozarrón que el Senador Vicente Reinoso—Vicente es decente y con el pobre condoliente— acredita de vozarrón regulado para que combine con la fuerza bólida de su bólida personalidad.

Graciela—pero fuera del agua de su educación suiza, o asfixiado en las aguas y soles caribeños— usa el privilegio de su posición para despreciar lo que la rodea y buscar un entorno más aceptable a base de recuerdos sacarinos y de fantasía revisteril, todo ello de la mano del moderno brujo de la tribu, el psiquiatra Doctor Severo Severino.

Las mejillas de Graciela Alcántara y López de Montefrío inundan el espejito del vaniti... fantasiosa, escapista, Graciela Alcántara y López de Montefrío tiende una escala dulce entre la edad presente y una edad perdida, invocada por los divinos humectantes de Helena Rubinstein... Ciérrate vaniti de señora señorísima fastidiada por los dejes insidiosos de esa música guarachosa que a ella le parece un voto de confianza a la chabacanería desclasada que atraviesa como un rayo que no cesa la isla de Puerto Rico: aposento tropical de lo ordinario, trampolín de lo procaz, paraíso cerrado del relajo (48-9).

Su hijo Benny, espécimen decantado, en estado puro, de la juvenil "generación 'O sea'" —que ya describiera definitivamente Luis Rafael Sánchez al cabo de su contacto con docenas de ellos en su cátedra universitaria—, balbuceante Mefistófeles adolescente, ha vendido su alma a la máquina, un esplendoroso Ferrari tan inútil como rutilante en las congestionadas calles de San Juan o en las soleadas, pero breves, carreteras de la isla.

Éste es Benny. Éste es Benny en mahones. Éste es Benny en mahones y polo shirt. Éste es Benny en mahones, polo shirt y zapatos tenis, también llamados zapatos champions. Benny está metido en un Ferrari y el Ferrari está metido en

un tapón y el tapón es tapón de calleja corta que muere en arteria larga... O sea que me quiero dar el tremendo arrebato de ser el primer tinéger del país que quema la gasolina en un Ferrari. O sea, que un Ferrari es una aeronave bien fabu que, que, que, yo sé lo que quiero decir pero no sé cómo empatarlo, que, que, que. Transcripción del autor del enjaretado mental del pobre Benny: muera el objetivismo de Robbe Grillet y la Sarraute: un Ferrari es una aeronave fabulosa que la fabricadora italiana permite usar en las carreteras para que no se diga que evade las superficies.

El Nene, aislado por su hidrocefalia —en vez de isla rodeada de agua, lleva el agua dentro, en la cabeza, lo cual le aísla con igual eficacia de su entorno— dormita, babea, caza moscas y engulle lagartijas de cola tremulante con la inconsciencia del tarado; y no despierta a la realidad más que en el momento en que accidentalmente ve su cara reflejada en un espejo roto. El espanto de la visión le lanza, aullando de terror, calle a traviesa, hacia el encuentro con el tándem Benny-Ferrari, finalmente liberados del atasco y lanzados, a su vez, a una carrera sin meta. Las consecuencias del absurdo encontronazo son lamentablemente previsibles: para el Nene: “unos sesos reventados en la puerta del Ferrari... y unos ojos estrellados por la cuneta como huevos mal fritos”; pero Benny un “O sea que, cuándo podré lavar mi Ferrari?: la voz chillona y el rencor dañándolo... me cago en la abuela de Dios”.

Quizás pueda negarse que *La guaracha del Macho Camacho* pretenda ser un retrato de Puerto Rico, en vez de ser simplemente una novela escrita en puertorriqueño cuya acción transcurre en Puerto Rico. Es indudable, en cualquier caso, que Luis Rafael Sánchez ha pretendido evitar el esencialismo identificativo: significar que lo puertorriqueño sea el lenguaje, la guaracha o el atasco, equivale a mantener que es imposible una identificación concreta precisa y fundamental. Ni la identificación por el habla, ni la identificación por la música, aceptada o rechazada, ni la identificación por la espera forzosa, dan lugar a identidades tradicionalmente admitidas o admisibles; son, más bien, la negación o el rechazo de esas identificaciones: no dejan de ser reconociblemente puertorriqueños, pero distan mucho de ser LO puertorriqueño, por excelencia o esencialmente. Estas negación identificativa se apoya en la elección de unos personajes cuyas acciones y cuya común circunstancia carecen de identidad tradicional, que insisten en una dedálica identidad, que no son identificables más que por su inútil búsqueda de identidad —o, también, por la falsedad de sus tradicionales identificaciones como senador, como mujer del pueblo, como querida, como señora, como joven deportivo, como enfermo.

El narrador, sin embargo, y nosotros de su mano, sabemos a qué atehernos acerca de estos confusos personajes. Ello da lugar a un doble movimiento o impulso contradictorio: falta de verdadera identidad del mundo ficticio, presentada de un modo identificablemente puertorrique-



ño: esquizofrenia tópica, quizás típica también, de la identidad de Puerto Rico.

Esta inconsciente búsqueda de una inexistente identidad queda compensada con creces por la identidad del habla narrativa. Es evidente la voluntad de crear color local connotativa y no denotativamente: como ya he dicho, hacerse leer/oír puertorriqueñamente, más que reflejar cualquier realidad puertorriqueña extralingüística: los reconocibles hitos puertorriqueños no son las costumbres ni los sucesos, sino el hecho de que la mirada, en este caso la palabra, sea puertorriqueña.

Hay identificaciones crudas e identificaciones cocidas, ha dicho Luis Rafael Sánchez en una paródica, pero no por ello menos seria, incursión antropológica en su *La importancia de llamarse Daniel Santos*, y todas ellas apuntan al color local:

El color local es el efecto, agobiado por resabios visuales, del regionalismo pintoresco. Pintura de la región, estrechez de la ambición, rememoración del útero calentito y ácuero: ha ahí el color de la localidad... Crudo es el color local del subdesarrollo -nútrelo un realismo a la buena de Dios, primigenio. Cocido es el color local del desarrollo super- nútrelo un principio ordenador, una mediación... El color local del subdesarrollo se instala en las entrañas del presente, en la actualidad del riesgo. El color local del desarrollo super se instala en los reposos del hábito, en la conmemoración. De la memoria huye el subdesarrollo, de la lacra con fecha. A la memoria vuelve el desarrollo super, a la fecha jubilar... El subdesarrollo es repentista, no quiere recordar, ¿para qué va a recordar? El desarrollo super es recordatorio, no quiere olvidar, ¿por qué va a olvidar? (182-3).

La identidad puertorriqueña que rezuma *La guaracha del macho Camacho* es más bien una desidentificación dentro de ese reconocible lenguaje/ritmo guarachero. No es, desde luego, una identidad promisoría de logro alguno. Sólo la guaracha hermana a unos y a otros: el resto no son sino anónimas relaciones universales de miseria, de desprecio, de concupiscencia, de depredación. No es poco, quizás, la guaracha es el destilado de muchas sangres, muchos soles, muchas calamidades secularmente compartidas, si no aceptadas. Así y todo, la esencia identificadora que Luis Rafael Sánchez persigue en *La guaracha del Macho Camacho* es otra: otra realidad cuya definición es más eficaz mediante la negación de realidades tópicas que mediante su representación: es una manera de actualizar el común descentramiento de estos habitantes de la isla; descentramiento radical radical en la medida en que no existe alternativa creadora para estos lastimosos monigotes, apesados en la espera forzosa del atasco, de la enfermedad, de la pobreza, de la costumbre, de la herencia genética, de la Naturaleza misma:

el sol cumple aquí una vendetta impía, mancha el pellejo, emputece la sangre, borrasca el sentido: aquí en Puerto Rico, colonia sucesiva de dos imperios e isla del Archipiélago de la Antillas (13).

La falta de identidad es la única identificación posible de un mundo pobre, secularmente colonizado. El narrador describe y recrea esa desidentificación sin defenderla ni alegrarse o alegrarnos de ella, como carencia compartida, como falta y no como logro.

Si es verdad que "la vida es lo que se hace mientras pasan otras cosas", como contesta Luis Rafael Sánchez a John Lennon, representante de otra cultura, para quien "la vida es lo que pasa mientras se hacen otras cosas", a la vista de *La guaracha del Macho Camacho*, no hay que ver en ello vitalismo alguno, sino desesperanza y tristeza: sus personajes no hacen nada, aunque pasen muchas cosas a las que son ajenos; para ellos lo único que pasa, estáticamente, es el guaracheo radiofónico y el atasco municipal y espeso en que se ven atrapados. Más que personajes representativos no son sino personajes representados; es decir, no importa tanto lo que hacen como lo que los hace, lo que los habita: su lenguaje ante todo. Lenguaje suyo sin duda, pero también lenguaje mostrenco al que ellos dan cuerpo sin que éste les permita definirse. En última instancia es la guaracha, también venida de fuera, a través de la radio, la que, mediante su imperativa fluidez, suplementa mejor ese habla balbuciente: "toda música nos habita, nos desahucia, nos enerva la labia y nos glosa la mudez", ha dicho Luis Rafael Sánchez en *La importancia de llamarse Daniel Santos*. Muy especialmente, continúa, en América Latina: "órfica hasta la temeridad es la América amarga, la América descalza, la América en español, ... la América tajeada, la América de las venas abiertas" (139).

Sí, sin duda, hemos de concluir, pero lamentablemente quizás por aquello de que, como *La guaracha del Macho Camacho* nos hace constatar, "quien canta, sus males espanta".